

de pensador en pensador y que conduce a etapas insospechadas en la historia del pensamiento.

Quizás el intento de la profesora Almeida en este trabajo no se restrinja a un reconocimiento y detalle de las condiciones en que se concretó e impartió *La razón histórica [Curso de 1944]*, sino a demostrar que los trabajos expuestos fueron un punto de inflexión en cuanto a las teorizaciones orteguianas sobre el concepto de filosofía.

Ellas contribuyeron al desarrollo de la última etapa creativa de Ortega y corresponden a un *momento* gestado en Portugal. De alguna manera la estancia lisboeta de Ortega trasciende hasta su muerte, no solo porque en aquella ciudad siguió estando su residencia oficial, sino porque allí Ortega encontró una tranquilidad anímica y filosófica. Y ello fue un gran aporte para la última década de su vida.

## LABORATORIO DE TIEMPO

TOMILLO CASTILLO, Arturo: *El tiempo como sustancia de la forma: Museo de Arte Romano de Mérida*. Buenos Aires: Diseño Editorial, 2017, 288 pp.

LUIS ALBERTO ALONSO

**E**l tiempo como sustancia de la forma es producto de la tesis doctoral del autor según se señala en la nota al pie de la página 16. El lector no debe perder esto de vista ya que el autor crea un trabajo exploratorio que no logra desprenderse de la estructura previa del ejercicio académico, donde juega no tanto con el concepto “tiempo” y su conexión con el Museo de Arte Romano de Mérida, sino más bien con la correlación entre el pensamiento filosófico universal y la literalidad constructiva arquitectónica. El “tiempo” y el Museo de Arte Romano de Mérida actúan en este libro como elementos conductores y simplificado-

res desde los que ensayar y testear esas conexiones.

Arturo Tomillo, consciente de lo ambicioso de volver a unir dos campos del conocimiento que se han ido distanciando entre sí en los últimos siglos –“una concepción trivializada del tiempo moderno” (p. 21)–, se deleita en gran parte de esta obra amalgamando una ontología personal con la que ha intentado validar su hipótesis. Con este fin no duda en conectar el pensamiento y elementos propios de la filosofía, la física, la lingüística, el arte y la arquitectura para crear, de forma consciente, interesantes contrastes y paradojas.

La idea de que este ensayo es un laboratorio queda patente en la presentación de Miguel Martínez Garrido cuando lo define como “laboratorio de teoría y crítica arquitectónica contemporáneas” (p. 17), aunque queda mejor plasmado en el revelador prólogo de Rafael Moneo al decir: “Me alegra ver,

### Cómo citar este artículo:

Alonso, L. A. (2018). Laboratorio de tiempo. Reseña de “El tiempo como sustancia de la forma: Museo de Arte Romano de Mérida”, de Arturo Tomillo Castillo. *Revista de Estudios Orteguianos*, (36), 181-182. <https://doi.org/10.63487/reo.272>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 36. 2018  
mayo-octubre

en cuanto que arquitecto del Museo de Arte Romano de Mérida, que Arturo Tomillo se haya servido del mismo como banco de pruebas en el que medir la pertinencia de las ideas que tiene acerca de las distintas acepciones del término tiempo” (p. 11).

Aunque Moneo acepta en términos generales los distintos “tiempos” a los que el autor somete el Museo de Arte Romano de Mérida, marca una distancia razonable con la hipótesis del autor al justificar las nociones de “tiempo” presentes en su obra arquitectónica como “materialización de la memoria” y no como obra postmoderna.

El libro se divide en seis capítulos. “El tiempo como movimiento”, el primero de ellos, a su vez presenta dos partes. Una en la que el autor alude al “espacio mecánico” ligándolo por un lado a la evolución de los conceptos de espacio y tiempo a lo largo de la historia y por otro a la “razón naturalista” (que no razón natural) de José Ortega y Gasset. La otra, es un excelente ejercicio académico de análisis de formas arquitectónicas al que es sometido el Museo de Arte Romano de Mérida.

En “El tiempo como duración”, segundo capítulo del libro, redefine e incorpora a este ejercicio ontológico el concepto de la *durée* de Henri Bergson, la visión del tiempo y el “escorzo” en Ortega y la “frontalidad” de Colin Rowe para correlacionarlos con el Museo de Arte Romano de Mérida.

Llama “El tiempo como experiencia” al tercer capítulo. En él, el autor define

lo que denomina la “crisis del factor tiempo” y el empobrecimiento de la capacidad humana de aprehender las transformaciones. Según Arturo Tomillo, esta crisis es consecuencia de lo que denomina el “síndrome de la prisa”.

Los últimos capítulos son más experimentales si cabe; por ejemplo, en “El tiempo como memoria” se justifica la arquitectura como una herramienta de búsqueda de la conciencia humana y como un instrumento para recuperar y mantener la memoria del lugar, creando una memoria presente y futura.

En “El tiempo como historia”, el autor explora los conceptos orteguianos de “adaptación a los tiempos” y de *natura*, así como la discusión sobre el “tipo arquitectónico” para afirmar la obra arquitectónica como una verdad física.

Por último, en “El tiempo como narración”, Tomillo recupera las ideas de museo, museografía y discurso como evolución del espacio estático a un espacio experimental y experiencial donde se puede “revertir la tiranía de *Chronos*”.

Embarcarse en la lectura de un documento tan experimental y personal como el de Arturo Tomillo no deja indiferente al lector, que encontrará un punto de referencia clave en estas palabras de Moneo: “El Museo de Mérida quiere contener todos los tiempos de la ciudad simultáneamente (...) un edificio contemporáneo que recoge todo lo que ha sido Mérida desde su época romana hasta ahora” (p. 18).